Esperanza en la enfermedad

Raúl Isea

Para quien hoy siente que su cuerpo es un mar de agonía constante, las vidas de Faustina, Catalina, Gemma, Liduvina y Teresita son historias de esperanza.

Estas mujeres hablaron desde enfermedades que devoraban sus pulmones y huesos, descubriendo que el dolor no es un castigo, sino un "*termómetro del amor*". Es un espacio de comunicación íntima donde, cuando el cuerpo calla y dejas la angustia, el alma comienza a escuchar con claridad la voz de Dios al centrar las oraciones en el Señor.

Catalina Emmerick y Liduvina de Schiedam nos enseñaron que el espíritu no conoce cadenas. Mientras sus cuerpos estaban atados por llagas o parálisis, sus almas volaban libres para consolar a otros enfermos. Liduvina, tras cuarenta años postrada decía "Señor, no pidas menos dolor, pídeme más amor para sobrellevarlo"; y Catalina, en agonía constante, demostraron que la paz nace de un corazón que decide confiar. Tu falta de movimiento no es una prisión, es un taller de redención donde cada minuto de paciencia tiene un valor infinito ante el Cielo.

En la asfixia de la tuberculosis, como les ocurrió a Faustina Kowalska y a Teresita de Lisieux, surge una fuerza sobrehumana. Teresita decidió sonreír incluso cuando los pulmones fallaban, probando que el amor no necesita oxígeno para arder. Ellas nos invitan a no buscar explicaciones lógicas al "*¿por qué a mí?"* Como decía Faustina, basta saber que Dios es nuestro Padre; no hace falta entender el desierto para saber que somos guiados a través de Él.

Gemma Galgani, con su columna herida, nos recuerda que el sufrimiento aceptado es el lenguaje más puro. Junto a Teresita, nos enseñan que cuando no hay fuerzas para oraciones largas, un suspiro que diga "*Jesús, te amo"* o "*Hágase Tu voluntad*" es medicina suficiente.

No te castigues por no hacer grandes cosas; para estas Santas, aceptar un sorbo de agua o un tratamiento difícil con un gramo de confianza era ya un acto de santidad heroica y una unión de la voluntad con Dios.

No temas al silencio de Dios ni a las noches oscuras. Ese silencio es el respeto de un Padre que sostiene tu mano en la oscuridad. Tu martirio cotidiano en la cama o la sala de espera es una luz que ilumina a otras almas.

En cada punzada de dolor, recuerda que estás más cerca del corazón de Dios de lo que estuviste nunca de cualquier consuelo humano. Recuerda la oración de Faustina "*Señor Jesús, que Tu sangre pura y sana circule en mi organismo enfermo, y que Tu cuerpo puro y sano transforme mi cuerpo débil*".

Oración para el enfermo:

Señor Jesús, que Tu cuerpo puro y sano transforme mi fragilidad. Como estas Santas que narran sus encuentros, no deseo comprender el porqué de mi desierto, solo deseo que mi corazón descanse en Ti. Que mi debilidad sea el lugar de Tu palacio y mi dolor el precio de una paz que el mundo no puede dar. Me basta saber que me amas y que, en este altar de mi cama, nunca estoy solo. Amén.